

vacha y de los tiros, y á oírse el chasquido de las herraduras de las mulas en el empedrado.

Poco á poco fué llenándose la diligencia, hasta que llegó el momento decisivo, y trocando el látigo, partieron las mulas, tirando aquella mole, y produciendo un ruido que sirve á muchos vecinos, en un gran perímetro de la ciudad, para saber la hora que es.



CAPÍTULO IX.

MEDIARON varias explicaciones entre Lola y don Manuel, y entre don Manuel y Zubieta; pero ninguna de ellas llegó á tener para don Manuel el poder suficiente para librarlo del tormento de sus celos. Por el contrario, él solo se había reducido á una situación todavía más embarazosa que la primera.

Había tenido que probar plenamente que con respecto á Zubieta, y sobre todo, á Lola, se encontraba completamente tranquilo.

—Pues no faltaba más, decía don Manuel, sino que me atreviera á desconfiar de

un amigo tan leal y tan caballeroso como usted, don Pepe, ¡qué disparate! en todo caso, le conozco á usted como á mis manos, y sé bien á quién recibo en mi casa.

—Ahora, en cuanto á Lola, Lola es un dechado de virtudes, Lola es incapaz de faltarme ni con el pensamiento. Ah! si todas las mujeres fueran como Lola, el mundo caminaría de otro modo.

Con éstas ó parecidas razones, terminaba siempre cualquier tropiezo en la marcha amistosa de aquellos tres personajes.

Zubieta por su parte, no cesaba de decirle á Lola, de decirse á sí mismo lo siguiente:

—Yo enamorar á Lola! Lola es una niña, es una niña que tiene su mérito, y que vale mucho, tanto que no me parecería remoto que inspirara todavía una pasión; pero por otra parte, Lola no es precisamente mi tipo, yo gusto de las mujeres un poco más... pues, un poco menos... quiere decir... eso sería un disparate, y en circunstancias en que el marido hace de mí una confianza, ¿confianza? no, precisamente en cuanto á confianza no

estamos muy de acuerdo, y tengo estos datos el día de Córpus; el último día de Córpus don Manuel ha estado visiblemente contrariado. Tan luego como la casualidad, porque fué la casualidad, me colocó junto á Lola en la mesa, adios marido! empezó á poner cara de tal, no comía, fingía sonreírme, estaba violento, se lo notó Lucesita; en fin, el hombre estaba desconfiado.

Él, por supuesto, que se llena la boca con decir: Zubieta es un amigo leal, y Zubieta es un caballero; pero no quisiera reventar con lo que le queda dentro, y... francamente, desde que yo veo al marido celoso, me parece que corro un riesgo inminente. Entonces es cuando yo encuentro que la pobre de Lola se queda en el aire, y entonces es cuando mi caballerosidad raya en heroísmo.

Por lo visto, decimos nosotros, aquellos tres personajes estaban representando cada uno un papel muy difícil de sostener, y cuyo desenlace debe interesar á todo aquel que fije la vista en el matrimonio.

Debemos, por lo tanto, detener un poco nuestra atención, y estudiar á estos tres personajes, víctimas de la desgracia.

Lola tenía todo lo que puede constituir una mujer honrada, una buena esposa; tenía moralidad, amor, educación y orgullo.

D. Manuel era un buen hombre en toda la acepción de la palabra: trabajador, sóbrio, arreglado, metódico, económico, y hasta campechano; era además caritativo, y en una palabra, honradote. No era muy buen mozo, Lola le había notado ser un poco caído de hombros, tenía las manos y los piés grandes, y era mas moreno que lo que Lola hubiera soñado en materia de color para un amante *ad hoc*, y hasta para padre de sus hijos.

En cuanto á Zubieta, era un buen sugeto, como sabemos ya, no era ni pillo, ni mucho menos uno de esos atrevidos que osan ajar flores, ni meter hoz en mies agena, ni nada de eso, por el contrario, Zubieta era hombre que sabía á qué atenerse en materia de moralidad y buena conducta, conocía toda

la gravedad del asunto que manejaba, aún á sabiendas de que tenía su alma en su almario, y de que no obstante los cuarenta y siete y la respetable calva que lucía, su corazón latía en regla y no se le despegaba tal cual suspiro *Abelardesco*, ó tal cual flor bien matizada.

Y no obstante aquello, andaba mal el pedestal de aquellas honras; solía tambalear; con una lágrima femenil, con un rugido marital, ó con una terneza insidiosa.

Este estado moral estuvo naciendo de sí mismo por espacio de mucho tiempo.

Por ejemplo: cesaba la tormenta, se tranquilizaba don Manuel, recobraba esperanzas Lola, perdía terreno Zubieta y soplaba por lo visto, el viento de la felicidad conyugal.

Todo iba á pedir de boca.

D. Manuel se ponía sedoso y dulce.

Lola se ponía legítimamente tranquila.

Zubieta dejaba de ir una tarde, en la que devoraba su mal humor en la Alameda.

Pero de repente le picaba algo á don Manuel, y tornaba á ser hosco, y luego nimio,

y por último, ridículo; se ponía á analizar cualquier circunstancia casual.

Por ejemplo ésta:

Una noche departía con su mujer á quien acababa de traerle un cucurucho lleno de castañas cubiertas.

Lola estaba partiendo una castaña para darle á don Manuel un pedacito en la boca, cuando de repente sonó un organito en la calle: don Manuel soltó el pedacito de castaña, y de un salto se plantó en el balcón.

—Qué sucedió? gritó Lola asustada.

D. Manuel abrió la vidriera, clavó la vista en el italiano del órgano, medio bufó y movió la cabeza como midiendo á aquel siniestro avisador.

El italiano creyó que su sonata estaba siendo del agrado de aquel señor, que se serenaba en cambio de los aullidos del organito, y aquel dilettanti callejero, por un exceso de coquetería, movía el resorte y le aplicó el trémolo á su sonata, que era un trozo de Nabuco que han oído un millón de veces los doscientos mil habitantes de la capital.

—Trémolo! murmuró trémulo don Manuel, devorando con su mirada la calle, pareciéndole que en cada transeunte sorprendía á Zubieta.

Después del primer *da capo*, el italiano notó que don Manuel no hacía movimiento para dar propina.

—*Odi, vedi è taci se vuoi avere in face*, dijo para sí el italiano, avanzando dos pasos en dirección de don Manuel, sin dejar por eso de voltear la ciguiñuela.

Y aquí fué donde don Manuel perdió los estribos.

—Esta música es para acá, es claro, Zubieta no ha venido, yo debía haber salido, Lola se ha quedado sentada, cuando lo natural hubiera sido asomarse conmigo á oír la música; pero el pecado acusa; apuesto á que está temblando de emoción: pillé la prueba, esto es horrible! infame!

Volvióse á la sala don Manuel, clavó en Lola una mirada de tigre de Bengala, se acercó, clavó de nuevo la vista en el prendedor que Lola tenía en el pecho, para cal-

cular por sus oscilaciones el grado de emoción en que Lola se encontraba.

El prendedor oscilaba con un movimiento que á don Manuel le pareció de cien pulsaciones por minuto; hubiera querido tomarle el pulso á su mujer, pero no había necesidad.

Don Manuel estaba pálido de furor, se puso el dedo en la boca, entró á la recámara, tomó su capa y su sombrero, y se salió á la calle.

Lola no se movió.

Oyó los pasos de su marido por el corredor, luego por la escalera, luego por el patio, y por fin se perdieron.

El balcón se quedó abierto; á Lola le pareció que no debía cerrarlo ni abrirlo; más: ni asomarse, ni moverse, ni reírse ni llorar. Lola se quedó estática.

No había tenido tiempo de pensar en lo que le estaba pasando, cuando entró Zubieta.

—Zubieta, dijo Lola estremeciéndose.

—Qué, criatura, por qué se asusta usted?

—Yo... Zubieta!

—Qué pasa? qué es esto?

—Estaba usted ahí?

—Dónde?

—En casa.

—No.

—Llega usted ahora?

—En este momento, por qué?

—Encontró usted á mi marido?

—No.

—Acaba de salir.

—Me necesitaba?

—No.

—Entonces.....?

—Zubieta!

—Qué, qué sucede aquí por fin?

—Váyase usted.

—Irme!

—Sí.

—Pero criatura, explíquese usted.

—Mi marido está furioso.

—Por qué?

—No sé.

—Y por eso he de irme?

—Qué será bueno hacer?

—En todo caso, serenarse, porque esa emoción se prestaría....

—Es cierto.

—Por fin, me voy?

—No, quédese usted.

—Vamos, esa es ya otra cosa, al menos podremos hablar; cuénteme usted criatura, qué ha sucedido, y sobre todo, deme usted la mano, porque no nos hemos saludado.

—Cómo le va á usted? dijo Lola, dejando escapar en medio de la angustia de su situación una sonrisa.

En seguida le contó á Zubieta, al pié de la letra, lo que acababa de pasar.

Reinó en la sala un largo silencio.

—Qué piensa usted, Zubieta? dijo por fin Lola.

—Pienso, criatura, en que este negocio es muy grave y en que cada uno de nosotros está aceptando indispensablemente un papel de muy difícil ejecución. Los celos, hija mía, es la mas estúpida de las pasiones,

y la mas fecunda que yo conozco en materia de situaciones originales.

Crea usted que por mi parte, estoy dispuesto á sacrificarme por la tranquilidad de usted, porque mi cariño es tan sincero y tan profundo, que si, á costa de mí mismo, pudiera volverle á su marido de usted la confianza que ha perdido, me sacrificaría gustoso, sin aspirar siquiera ni á que usted pudiera medir mi sacrificio; pero como usted ha visto, estoy en una posición en que es tanto mas difícil acertar, cuanto que el juez á quien tendría que someterme, empieza por perder el sentido común.

Veo con profundo sentimiento, que no ha bastado ni mi lealtad, ni las protestas mas sinceras, ni aún los hechos mismos.

Para mí tengo solamente cuánto vale mi abnegación; pero á medida que me empeño más en guardar un equilibrio tan difícil, cuanto penoso para mí, veo con profunda pena que todo se estrella ante una manía que tiene el funesto poder de hacer de lo negro blanco, y de lo blanco negro.

Mi primera proposición, repetida lealmente cuantas veces ha sido necesario, ha sido la de retirarme resueltamente, y siempre he obtenido por parte de don Manuel, no sólo las mas cumplidas satisfacciones, sino la súplica de que no dé yo lugar con mi separación á que el público me atribuya una derrota vergonzosa, en la que sería tan odioso vindicarme, cuanto suponerla cierta.

Por otra parte, y en esto, criatura, no obro sino conforme á mi conciencia de hombre honrado, antes la estimaba á usted porque conocía cuánto vale. Antes.... sí, debo decirlo para ser consecuente con mi plan de lealtad; antes no temía nada por usted, ni por mí mismo.... hoy....

—No siga usted, Zubieta.

Una mirada terminó la frase.

Entre los ojos de Zubieta y de Lola, surgió una historia que no hubiera podido leer nadie, ni mucho menos oír, aún suponiendo que hubiera alguno que escuchara aquella conversación.

—Puede ya, sin exponernos, prolongarse

por más tiempo esta situación, cuando ésta y otras circunstancias parecidas á la presente, estarán sin cesar obligándonos á romper un día con todo miramiento?

Todo, criatura, todo en la sabia armonía del mundo, propende á guardar las leyes generales á que están sujetas la materia y el espíritu incesantemente.

Si usted amara y fuera amada en la plenitud del mas perfecto idealismo, si en espíritu estuviera usted adherida por su misión á formar sólo la mitad de un sér esclavo, que no existiría usted para mí, es claro que no sospecharíamos siquiera ninguna homogeneidad entre nosotros, y usted, espíritu de otra encarnación perfecta, sería intrasmisible hasta en idea.

Pero el peligro de nuestra situación consiste en que todo propende á su centro, y en que ese fluído magnético que circunda al mundo y que á veces se llama amor, cumple eternamente su misión de unir.

Vea usted, Lola, voy á hacer una comparación:

Una flor es una criatura perfecta que cumple su misión de vida obedeciendo con placer á la ley que le manda crear, abrirse, dar su aroma, fecundarse y morir.

Todos los consorcios realizados en la naturaleza orgánica, deben por ley irrevocable ser perfectos.

De la misma manera deben verificarse todos los consorcios morales en el orden intelectual.

En cada cuerpo entra la cantidad de elementos matemáticamente indispensables para que su existencia sea perfecta.

Así se forma el agua y el fuego, las flores y todo lo que es el resultado de uniones prescritas por la sabiduría infinita.

Una flor no puede guardarse su aroma, lo tiene para el aire y por el aire; ¿qué haría la flor si no tuviera el aire á quien dar su aroma?

—Se moriría, contestó Lola maquinalmente.

Al llegar á este punto, fué sólo cuando Zubieta comprendió cuán lejos había ido.

Lola también lo comprendió, y hubiera querido retirar su frase, ni más ni menos que el dictamen de una comisión, pero ya estaba dicha, y Lola se contentó con bajar los ojos.

—Hace mucho tiempo, continuó Zubieta, estoy persuadido de esta gran verdad.

—Sólo la unión moral preserva al matrimonio, la unión por razones puramente del orden material es imperfecta, en cuanto á que el espíritu es inseparable de la materia

Hé aquí la gran dificultad del perfecto consorcio y el origen de tan repetidos infortunios.

